

pueblo, en el suelo del verdadero la Vendée. En la primera *encrucijada* ó confluencia de caminos que se encuentran en la Vendée, se ven una multitud de crucecitas de madera plantadas allí por los parientes ó amigos de los difuntos en el momento de pasar la fúnebre carreta que lleva sus cuerpos á la iglesia de la parroquia. Pensamiento piadoso, sin duda, empero cuyo origen es supersticioso.

atravesar tranquilamente por aquellas terribles *encrucijadas*, ponen con tan religioso cuidado esas cruces. Es difícil saber el verdadero motivo por qué los aldeanos tienen reparo en confesar sus supersticiosas creencias, creencias además muy comunes en otras provincias que, no sabemos por qué, se tienen por mas civilizadas.

Lo que distingue este pais de los demas, es la melancólica armonía de sus antiguas canciones tan sencillas como bellas. Todo el mundo sabe que los cortesanos de Luis XI hicieron venir cantores y bailarines de esta provincia para distraer al tétrico y sombrío monarca.

Aun se conservan canciones de todo género. Hay canciones para la mesa, para distraer el fastidio de los caminantes, canciones para los boyeros, especie de modulacion bastante lenta y prolongada, hasta perder el aliento, para acompañar el tardo y perezoso paso de los buyes de carreta. Hay canciones para todos los gustos, para todas las circunstancias de la vida. Si el tono de las canciones es siempre gracioso, en cambio las palabras no son poéticas. Frecuentemente bailan acompañándolas, como sucede en el *baile de la torta*, que aun se verifica en las bodas del bajo la Vendée.

Además de la *Torta* simbólica, erizada toda de ramas de espinas, cargadas de flores, de naranjas y de confites, que se coloca delante de la novia, se sirven otras mas modestas de distancia en distancia, sobre las mesas de los convidados, pero antes de comerlas es preciso conquistarlas. A una señal dada se levanta un joven, se apodera de la *torta* a que encuentra mas á mano, levantándola en el aire lo mas alto que le es posible, se lanza bailando en medio de la sala del festin. Inmediatamente otros tres ó cuatro jóvenes salen armados de

platos y tenedores, y bailando alrededor del primero tratan de coger con la punta de sus tenedores algunos pedazos de la *torta*, que se esfuerza el otro en defender de sus golpes. Es una especie de lucha de habilidad y destreza,

AÑO XIV. 3.



Un entierro.

Se sabe la creencia muy antigua de que en las *encrucijadas*, las brujas y los duendes venian á bailar por la noche hasta el alba. Para conjurar, sin duda, el encuentro de estos malditos espíritus, y para que el muerto pudiese

SEGUNDA SERIE.—1856



que acaba siempre con abundantes tragos, en medio de los que se corta en pedazos la torta y se reparte á los convidados.

A pesar del vino, del baile y de las canciones, no es completa ninguna función vendeana sin su poquito de pólvora. Tienen á esta una afición tan decidida, que se vuelven locos con los fuegos artificiales. Cuando va de capa caída el baile, y músicos y bailarines se van cansando, con soltar un cohete ó disparar un petardo, todos se ponen en movimiento al instante. Dan gritos de alegría, repetidos, interminables, y hacen temblar el suelo con sus saltos. ¡Feliz el que ha podido proporcionarse una mala pistola! Es el rey de la boda, el gallito de la fiesta. Le miman, le lisonjean, le rodean todos á porfía, ansiosos de que les haga el gran favor de dejarles disparar algunos tiros.

En otras funciones se limitan á encender hogueras, como por ejemplo, el día de San Juan, ó cuando el obispo de la diócesis hace su vista pastoral. Si por felicidad los caminos están impracticables para los tiros de caballos, todos los labradores de la parroquia, se disputan el honor de dar sus bueyes para tirar del coche del prelado. Entonces entra la disputa y la rivalidad de parroquia entre aquellas buenas gentes, obstinadas en no ceder ninguno, y así se ha visto muchas veces emplear en el tiro del coche del obispo cuarenta, y aun ochenta bueyes á la vez!

Aquella multitud de gentes arrodillada en el camino, aquella larga fila de bueyes engalanados con cintas y flores, que tan pronto se aparece sobre el costado de una colina, y tan pronto se pierde en el seno de las sombras gargantas del *Bocacio*, toda aquella pompa rústica en medio de un paisaje lleno de frescura y de verdor, dilatan dulcemente el corazón y le producen las mas suaves sensaciones! Felices los pueblos donde aun se conservan tan hondamente grabadas las tradiciones de la autoridad y de la religión.

## II.

Los habitantes del *Marais* se distinguen de los del *Bocacio* en su alta estatura, su aire suelto y la frescura de su color. Miran con prevención á sus convecinos, y se glorían del nombre de *maraiquinos*, porque habitan en las riberas de los rios y en un terreno lleno de lagunas. Son de carácter mas independiente que los hombres del *Bocacio*, y aunque vivos, irascibles, indóciles y desconfiados con los extraños, son muy amigos de sus amigos, y les gusta ofrecerles una buena y cordial hospitalidad.

Al entrar en sus casas, de las que la mayor parte, especialmente las de los jornaleros, son de tierra con un techo de cañas, y se llaman en el país *burrias*, no hay que temer sentarse en ellas, porque reina allí en todo su es-

plendor la limpieza, que es el lujo de los pobres. Es raro que un *maraiquino* no le ofrezca á uno al verlo un vaso de vino, pero si uno quiere volverlo loco de alegría, no tiene mas que sorber, sin cumplido, un polvo de su caja de tabaco; sentarse en el fogón de la cocina al fuego del estiercol de vaca, sobre un poyo de tierra, de los que hay á uno y otro lado, y fumar una pipa con él. El fumar es una costumbre tan generalizada, y una necesidad tan imperiosa, que los hombres y algunas veces los niños, apenas salen de la iglesia, sacan sus pipas de barro encarnado y entre nubes de humo desaparecen bien pronto los grupos de las gentes que se paran á hablar. Las mugeres de este país no son menos notables que los hombres. No es solo su gracia, su frescura, su belleza y su gentil donaire lo que las hace admirar de todos, sino sus maneras francas, vivas y atrevidas y la libertad de sus acciones que no se parecen á las de las otras partes de la Vendée.

Tienen gran afición al baile, y un cuidado extremo con su cutis, por lo que jamás salen en el verano, sin llevar un pedazo de papel delante de su peinado, á modo de visera.

Esta hermosa poblacion no vive en un lindo país. El *Marais* á escepcion de sus arroyos, cuyas orillas están plantadas de altos árboles, presenta por todas partes un golpe de vista de los mas monótonos. Pierdese la vista en aquel laberinto de fosos llenos de agua, y se fatiga bien pronto con la uniformidad de aquel inmenso horizonte, donde frecuentemente no halla sino la estúpida mirada de los corpulentos bueyes de Sallertana, inmóviles á las orillas de un charco. Sin embargo el *Marais* de San Juan del Monte, ofrece un poco mas de variedad. Cada caserio se halla rodeado de un bosquecillo de árboles, y es realmente, un espectáculo animado y gracioso ver salir el domingo por la mañana de cada uno de estos caserios, verdaderos oasis, una multitud de barquichuelos deslizándose suavemente sobre las dormidas aguas del *Marais*, llevando rápidamente hacia el campanario de la parroquia á las mugeres que van á misa. Pero nada es mas curioso y mas original, que la maniobra y ejercicio de los jóvenes que desafiando el sibaritismo de los barquichuelos, se van línea recta al través de las lagunas, saltando con sus *nin-gles* ó palos saltadores todos los hoyos y fosos que se encuentran, en los que hay algunos de mas de siete varas de ancho.

Todas estas diferencias de costumbres entre los cantones de la Vendée, no son mas que matices, difíciles de coger al paso por los escritores que quieren consignar sus impresiones de viage.

Nosotros hemos puesto las mas marcadas y las que mas pueden distraer á nuestros lectores, á quienes en tres dibujos presentamos las principales escenas de costumbres que acabamos de describir.

## ESTUDIOS MORALES.

### EL LIBRO DE ORACIONES DE MARGARITA.

Era la época del buen rey Enrique, después de las guerras de religion, en los dias en que la corte de Francia

era el centro de la amable galantería, en que las viudas de la matanza de San Bartolomé, se volvian á casar, pasando á segundas nupcias. Era el siglo de la gallina en el puchero, (1) manjar hecho popular por un monarca filan-

(1) Alude á la expresion del buen rey Enrique IV, que decía de-





Sebastián P.

Top. Muchalen, 52 edo la Peonera Duroz

A. Biffaut. 15.

*El libro de oraciones de Margarita*







tropical, aunque gascon. Era la época en que la reina Margarita escribía sobre el terciopelo bordado de oro del trono de Francia y de Navarra cuentos para la alegre y loca juventud.

En esta corte disoluta, en medio de aquellos elegantes y de aquellos gentiles hombres, apareció un día Annibal de Latimolle, gran señor hugonote, y próximo pariente del duque de Sully, antorcha del gobierno. Tenía Annibal treinta años, airosa y grande estatura, frente hecha espresamente para llevar graciosamente el sombrero con la pluma caída, y jamás la cadena de oro de caballero sentó mejor que sobre su cuello.

Cuando se presentó por la primera vez escitó un murmullo de admiración. Traía consigo un milagro de elegancia y de belleza, una dama de tal perfección que podía hacer desesperar á las más lindas de la corte.

Era su esposa Margarita.

Si quereis conocerla, miradla pasar, sale de San German de Auxerrois: vá á entrar en el Louvre, con su marido, que lleva galantemente su libro de oraciones, tan hermoso como el de la difunta reina Catalina de Médicis. Apretemos el paso para verla y ocultémonos, porque bajaría su velo si sospechase nuestra curiosidad. Mirad, es una mujer salida de las llanuras de Honfleur, una gran señora descendiente de los condes de Paimbeuf ó de Quebec: lleva un vestido de brocado blanco listado de negro, rodeado al cuerpo por bullones de seda y de encaje que eclipsan la blancura de su cutis. Sus espaldas de un mate admirable se ocultan bajo una ligera y graciosa piel. Su cuello tiene la gracia y la blancura del cisne: su boca es tan pequeña que parece necesitar abreviar las palabras de la lengua para darles salida: sus labios están apretados los unos á los otros, no para mostrar únicamente el color de púrpura de la salud sino para ocultar por modestia perlas, dientes pequeños y divinamente colocados que se ostentan en cada una de sus sonrisas. Sus cabellos solos desafían la modestia, rubios, sedosos, perfumados, llenos de reflejos que desesperarían al pintor de más rico pincel, son tan largos y numerosos, que es preciso bien verlos: así por detrás rechazan con energía el velo de gasa que les sirve de obstáculo, en tanto que por delante bajan en trenzados bandos sobre mejillas que colora un amable é interesante pudor.

Bien quisiéramos hablar de sus ojos. Dicen que son azules; pero en este momento nos es imposible saberlo. Sus párpados con franjas de oro los cubren con amor, cual un estuche oculta á todas las miradas los radiantes fuegos de diamante.

¿Por qué Margarita fija así la vista sobre la tierra? Pues que hemos espiado la gentil pareja, escuchemos su conversación.

—Vida mía, dijo Annibal á su mujer, esta noche monto á caballo para combatir los enemigos del rey.

—¿Esta noche ya! Ha respondido la dama.

—Es preciso, la bandera de las lises conducirá los fieles súbditos del rey en el camino de la gloria y del honor. Esta es la última misa que me condenareis á oír en muchísimo tiempo.

—¿Qué dolor y qué fastidio! ¿No puedo yo echarme á los

seaba que en su reinado cada uno de sus súbditos pudiese poner una gallina en su puchero, para denotar la prosperidad, la abundancia y fortuna de todos.

pies del rey y pedirle el acompañaros? ¿No podemos abandonar la corte y volver á nuestro pacífico castillo sobre las orillas del mar, donde otro tiempo vivíamos tan tranquilos y tan bien unidos?

—Nobleza obliga, hermosa mía; ya el extranjero se remueve y amenaza invadir la Navarra; el sitio de un gentil-hombre está en el ejército; pero tranquilízate, dentro de seis meses estaré de vuelta, á menos que un maldito tiro de arcabuz...

Margarita puso su blanca mano sobre los labios de su esposo para hacerle callar. El egoísta se aprovechó de esto para cubrirla de besos.

—No está en eso mi pesar, dijo después de haber acariciado aquellos dedos blancos y delgados; sufro mucho más aun al pensar que te dejo en medio de esta corte licenciosa, donde la gracia es un cebo, donde la belleza es un peligro. Quisiera que fueses fea durante todo el tiempo de mi ausencia, á fin de que ningún caballero pensase en dirigirte sus obsequios.

—Monseñor, respondió Margarita, si es verdad, como lo afirmáis, que Dios me ha hecho hermosa, mi madre me ha hecho fuerte y virtuosa; me ha enseñado desde niña que una mujer cristiana debe obediencia al Señor en el cielo y á su marido en la tierra.

—¿Obediencia! dijo Annibal pasando tristemente su mano por los pliegues de su valona; ¿y ternura, no?

—La ternura, dijo Margarita sonriendo, no se manda, se inspira; es para la virtud de una esposa, una centinela más.

—¿Y podré yo esperar tener esta doble guarda de mi felicidad? dijo alegremente.

—Cada uno tenemos nuestra tarea, respondió Margarita; vos vais á ser sitiador, y yo sitiada. Yo espero en vuestro triunfo, contad con mi valor.

—¿Ay! dijo el esposo, ¿quién me tranquilizará en los días de dolores y de triste soledad? ¿Quién me consolará en mis pesares? ¿Quién sostendrá mi valor?

—¿Quereis una prenda de mi fé?

—Sí, mi adorada condesa.

—¿Cualquiera que sea?

—Sea la que fuere.

—¿Y bien! le dijo ella, llevaos mi libro de oraciones.

—¿Yo un libro de oraciones católicas?

—¡Dios es el mismo para todos! decís eso porque sois un hugonote, un soldado.

—En efecto, hubiese preferido un lazo de cinta para mi espada.

—Tomad este libro santo, os digo, este libro en el que acabo de seguir á vuestro lado el sacrificio de la misa: no lo abandoneis jamás, en cualquier sitio en que os halleis, en cualquier peligro en que podáis estar; y si alguna vez la falta de fé en el Señor ó en vuestra esposa, viene á contristar vuestra alma, abridlo por cualquier parte, y leed el primer versículo que se presente á vuestros ojos.

—¿El primero que se presente?

—Ahí encontrareis apoyo y consuelo.

—Querida amiga, dijo el conde Annibal, si el amor puede hacer devotos, antes de poco seré canonizado por vuestro Papa.

—No os chanceéis, ¿me prometéis hacer lo que os pido?

—Lo prometo.

—Y creer ciegamente en todo lo que dice el libro santo.



—Me comprometo á ello.

—¡Ay! juradme por vuestro honor de caballero, por vuestra fé, por la gloria de vuestros abuelos, ateneros ciegamente á la letra de las respuestas que el libro santo os dé.

Annibal sacó su espada, y sobre la cruz del puño:

—¡Lo juro! dijo con solemnidad.

En aquel momento entraron los esposos en el Louvre, donde todo se hallaba en conmocion; sonaban los clarines, los escuderos ensillaban los caballos, que relinchaban de impaciencia; el antiguo honor francés revivía en sus caballos rescos hijos.

Margarita deslizó el libro de oraciones bajo el justillo de terciopelo de su esposo. Era un lindo volumen adornado de láminas, que hubiera hecho cristiano al judío mas fanático. Su encuadernacion blanca de seda moaré, estaba guarnecida de broches de plata. El frontispicio representaba al niño Jesus, con los pies desnudos, la frente ceñida de una celeste aureola, teniendo en sus brazos la corona inmortal de la fé; mas lejos se veía al Salvador hecho hombre, consagrando el pan y el vino entre los apóstoles. Admirábase á la Santa Virgen, á la bienaventurada Maria haciendo jugar á sus pies al niño Dios y al niño San Juan, que mas tarde sería un profeta. Despues venían á su vez las escenas de la Pasion, la Resurreccion, la venida del Espiritu Santo iluminando á los apóstoles y discípulos. Era un verdadero album religioso, un tesoro de piedad.

Dióse la señal de la marcha, y dos horas despues las bellas damas del palacio del Louvre, volvían á entrar en él viudas, sin otro consuelo que confundir entre sí sus llantos y sus suspiros.

Pero el Louvre no se hallaba vacío, aparte del rey, herege á veces en materia de constancia; hallábanse en él los gentiles hombres de la reina, los escuderos, los mariscales y los pages, todos hermosos, jóvenes, de veinte á treinta años, pacientes como benedictinos, listos como cortesanos, atrevidos como soldados.

—¡Vive Dios! dijo un día el caballero de Bernis, mientras se jugaba á los dados, aguardando á que se levantara el rey por la mañana; mi parecer es que desde ahora hasta que vuelvan nuestros leales amigos y aliados que están peleando en el ejército podríamos hacer una guerra feliz al corazon de sus mitades.

—Buena es la empresa, replicó el marqués de Belloy, tanto mas que las mugeres de Petit Nesle se van haciendo terriblemente monótonas.

—Una hay, replicó el senescal de Montluc, que no será fácil condenar.

—¿Y cuál?

—La condesa Margarita.

—¡Lo creeis! dijo Belloy atusándose el bigote.

—Estoy seguro.

Belloy echó una ojeada sobre el espejo que brillaba en un precioso marco dorado, despues volviéndose hácia el incrédulo:

—Señor senescal, le dijo, ¿os gustan los buenos caballos?

—Tanto como los hombres valientes.

—¿Habeis visto mi caballo negro que me viene en línea recta de Inglaterra, del condado de Essex?

—Sin duda, en hombres y caballos la cuestion es de raza.

—¿Creeis que valga mil escudos de plata?

—Yo daré dos mil sin mas que lo que tarde en avisar á mi tesorero.

—Pues bien, senescal, imperturbable campeón de la virtud de las damas, apuesto mi caballo contra vuestros dos mil escudos á que de aqui á dos meses habré robado la condesa Margarita á su belicoso esposo.

—¡Dos meses solamente! dijo el senescal.

—Sesenta días en todo.

—Está dicho, dijo el senescal.

—Está dicho, repitió el presuntuoso.

Cuando á la mañana siguiente se le contó en confianza á la reina Margarita la apuesta que acababa de tener lugar, se rió y lo celebró mucho, porque era de un carácter ligero y disipado.

—Dios me libre, dijo, de tomar parte por el senescal: Belloy es el cortejante mas fino, mas paciente, mas galantemente atrevido que puede encontrarse, haría arder una ciudad para cogerla. En gran peligro está la condesa Margarita: muchas ganas me dan de prevenírselo.

—Vuestra magestad, dijo Belloy, anularia nuestra apuesta, porque la primera condicion es que no ha de saber nada la dama de honor.

—Es justo, replicó, la reina de Navarra, es preciso no advertir á la oveja la llegada del lobo.

—Tanto mas, añadió el senescal, que tenemos pocas distracciones desde que el rey está en la guerra, no nos privemos de estas intriguillas imprevistas que pueden divertirnos.

La reina prometió todo lo que se quiso, y mientras que su magestad el rey dirigía en la guerra con el extranjero á sus valientes ejércitos, su magestad la reina dirigía el asalto de un corazon puro y sin mancha, un corazon de gran señora y de joven.

Tenía razon su magestad, Belloy era un fiero estrategico: comenzó por insinuarse con Margarita, diciéndose el amigo mas seguro y mas decidido de monseñor Annibal, hablando á cada momento de su valor, de su talento, de su franqueza, y echando de menos no poder ser llamado á compartir sus peligros.

Margarita le felicitó por estos sentimientos, y le dijo que le envanecía el verlos tan calorosamente expresados.

—Permitid, le dijo Belloy, que yo sea vuestro hermano, vuestro apoyo, vuestro defensor en esta corte donde habeis permanecido sola, rodeada de adoradores.

—¿Mi defensor? dijo ella, gracias, gracias mil veces, pero yo no veo peligro y sé defenderme. Ademas, en medio de caballeros, ¿qué podría yo temer? ¿No tengo mi conciencia por guia, mi religion por ejemplo?

—Vamos, dijo Belloy, no es medrosa: ataquemos la ciudadela por otro punto.

Pasó entonces á hacerle la corte asidua y desesperadamente: en los torneos afectaba llevar sus colores mezclados con un fúnebre crespon, hallábase siempre á su encuentro con el rostro lúgubre y la mirada triste; depositaba flores á la entrada de su cuarto, y cuando acompañaba á la reina la seguía siempre hasta que entraba dentro de la cámara.

—Así la comprometo, se dijo, con el escándalo aproximado la distancia que nos separa: algun día me pedirá una explicacion, y vencedor en esta lucha de paciencia, dictaré mis leyes.



Pero la condesa Margarita pasó por delante de él con la cabeza alta, ademan tranquilo, en medio de estas asechanzas no se cuidó ni de las sentimentales ojeadas ni de los lánguidos suspiros, ni de las flores simbólicas, ni de las señales de tierna desesperación.

—Mi hermosa amiga, le dijo la reina, ¿no veis nada?

—¿Dónde quiere vuestra magestad que yo vea algo?

—Alrededor vuestro, amiga mía.

—No veo mas que los alabarderos que velan á vuestra puerta.

—¿Y á la de vuestro corazon no llama alguno?

—¡Llamaria en valde!

—¿Por qué?

—Está fuera su dueño y no podría abrirle.

—¡Por la reliquia de Santa Genoveva! dijo la reina, hermosa cosa es la virtud en la corte, veremos cuanto dura en ella.

Mientras que un desleal compañero se afanaba por turbar su reposo, el conde Annibal cruzaba su acero contra los enemigos de la Francia, cual verdadero campeón que no ha degenrado. En lo fuerte de un combate, en medio de la refriega, cuerpo á cuerpo con un soldado castellano, sintió saltar en pedazos la espada que empuñaba.

—¡Muere! le dijo el enemigo aprovechándose de aquella fatalidad.

Y le tiró una estocada en el pecho.

Tambaleóse el conde tratando de coger otra arma nueva, pero no cayó.

—O eres el diablo en persona, exclamó el español su antagonista, ó llevas una doble coraza.

Y volvió á meter su acero al través de las mallas de su cota.

Saltó la espada en dos pedazos, pero no alcanzó al corazon del guerrero francés, que echando mano á una hacha dejada en el suelo por un soldado herido, tendió á su enemigo muerto á sus pies.

Cuando vino la noche á conceder una tregua indispensable á los combatientes, miró Annibal lo que milagrosamente habia reservado su pecho del golpe mortal.

Era el libro de oraciones de Margarita...

Hallabase traspasado de parte á parte por el acero, el conde debió haber sufrido un ligero rasguño en la piel, porque su encuadernacion blanca se hallaba salpicada de algunas gotitas de sangre.

—¡Por vida de...! como dice el rey, exclamó, he aqui lo que me da fé en el libro de oraciones de mi dama: mal haria en notener confianza en lo que me salva la vida. Y abriendo el libro á la ventura, leyó:

*El Señor domina sobre todas las naciones; su gloria está sobre los cielos.*

Entretanto, Belloy, no pudiendo vencer por los medios que habia puesto en planta, resolvió intentar un golpe atrevido.

Se introdujo en el aposento de la condesa de noche, cuando todos estaban recogidos.

—Señora, la dijo, yo no puedo vivir sin vos, venid, huid, abandonad para siempre este pais, vuestra union será disuelta, en mí encontrareis el mas fiel y mas sumiso esposo.

—Señor marqués, respondió sin conmoverse la noble señora, no conseguireis ni enfadarme ni asustarme. Amo, venero, respeto al que mi familia y libre arbitrio reunidos

me han dado por esposo. Desafío vuestras amenazas cual rechazo vuestras pretensiones.

—¡Pues bien, dijo Belloy empujando con violencia la puerta del aposento de la dama, permaneceré aqui toda la noche hasta mañana.

Y arrojó la llave por la ventana.

—Mañana, continuó, se sabrá que no habeis estado sola, mañana se hablará de que el marqués de Belloy, el menos escrupuloso de los que por vos suspiran, ha permanecido en conferencia con vos.

—¿Y bien? dijo friamente la condesa.

—¡Pues bien! quedareis comprometida, manchada para siempre vuestra reputacion de virtud. Decidme una palabra, una sola de esperanza, y hago saltar la cerradura con mi puñal, y nadie sabrá que he estado aqui.

—¿Nadie? dijo la condesa.

—No, todo duerme en palacio, estamos solos.

—¡Y Dios! dijo ella.

—¡Dios!

—Si, creéis que no os ve, permaneced, caballero. No podré temeros, no podreis perderme, aunque fuérais el infierno en persona.

Y descubriendo con respeto un vaso de oro, sacó de él dos cosas. La primera era un puñal de hoja afilada y con tres cortes. La segunda era una hostia consagrada por el sacerdote.

—Delante de este Dios de quien dudais, dijo, me mato si al instante no os retirais de aqui.

Y dirigió tranquila, fria, impasible, la hoja del puñal sobre su pecho.

Belloy entrevió las consecuencias de semejante resolucion. Un suicidio, una puerta fracturada, el vaso sagrado al lado del puñal...

—Salgo, dijo, pero yo me vengaré en el marido de este mármol que ha tomado la forma de una muger.

Metiendo entonces una segunda llave, de que se habia provisto, en la cerradura, abrió la puerta y desapareció furioso.

—¡Oh! dijo, yo me vengaré de sus desdenes. ¡El conde Annibal pagará caro su tesoro!

Y desde aquel momentó buscó en la felonía y en la traicion lo que la seducccion imposible con aquella muger le habia negado.

Margarita hubiera podido al dia siguiente haberse quedado á la reina y hacer gran ruido: guardó silencio y no resultó ningun escándalo de esta temeraria tentativa.

Belloy habia cambiado de teoria: dejó de hacerla la corte que con tanta asiduidad habia comenzado, mostróse frio y respetuoso con la hermosa dama de la reina, y á las pocas semanas se pensó que habia abandonado su proyecto, pero no habia hecho mas que cambiar de direccion: de la esposa se dirigió al esposo. Tratóle de calumniar en la corte, burlándose de su franqueza que representaba como rebelion, cubriendo su nombre de ridiculo.

—Virgen santa, dijo Margarita, esto es masgrave; atacan á un ausente, preciso es reflexionar en esto.

Una noche, embozado en su larga capa, Belloy entró en una casa situada á la estremidad del Puente Nuevo.

—Maestro Coppellius, dijo al hombre que le abrió, yo amo y aborrezco á la vez á una muger.

—¿Qué puedo hacer por vos?



—¿No existen filtros para hacerse amar?

—Los hay, señor mío, dijo el hombre interpelado, hay los medios que me ha legado el maestro Rugieri, el perfumista de Catalina, mi predecesor.

—¿Cuáles son?

—Tener la imagen de la dama en cera.

—¿Y despues?

—Picarla en el corazon con una aguja de oro, empapada en el jugo de rosas abiertas una hora antes.

—¿Y es uno amado?

—Esa es al menos la creencia. Esta bella práctica, sabedlo bien, ha hecho caer mas de una cabeza.

—¿Qué importa? la dama de que se trata es la muger del conde Annibal; necesito su efígie antes de veinte y cuatro horas, no repararé en el precio.

Reflexionó el mágico: despues con voz resuelta:

—Mañana la tendreis, dijo.

Y alumbró al caballero, que envuelto en su capa volvió á tomar la calle.

A la mañana siguiente estaba Margarita en su tocador, cuando le entró su camarista un pergamino sellado con extraordinarios caracteres.

Los recorrió, meditó largo tiempo, despues se levantó resuelta y tranquila; habia tomado una determinacion.

Por la noche, Belloy abrió á un personaje vestido de una larga toga de terciopelo negro guarnecida de piel de zorro, y al que habia hecho dar para aquella noche un permiso de entrada en el Louvre; el extranjero llevaba en la mano una cajita cuidadosamente cerrada.

—Y bien! hábil evocador ¿está ya hecho eso?

—Ved aqui la obra, dijo el hombre de las ciencias tenebrosas.

Y sacó de la caja una figurita modelada por un hábil artista, y que se parecia admirablemente á la condesa. Belloy, habiendo deslizado un bolsillo lleno de oro en la mano de su cómplice, lo despidió para proceder al gran conjuro.

La estatuita fué colocada sobre una mesa, vuelta hácia la luna naciente, segun la fórmula de todos los clásicos en nigromancia, y atravesó con la aguja acerada, el sitio del corazon.

Saltó la cera, formóse un agujero, el sacrilego llevó la mano á su frente.

—Mañana, dijo con emocion, veremos si obra el encanto.

Justamente era día de fiesta, y Margarita estaba suntuosamente vestida; Belloy la vió, clavó en ella sus miradas, en las que se mezclaban el odio y el interés; sonrióse Margarita... por la primera vez... cual si la sonrisa le fuese mandada por un invisible poder.

—¡Justo Dios! exclamó el cortesano, el maestro Coppellius es un adivino, el hechizo ha salido bien.

Y aproximándose á ella la dijo:

—Gustais, hermosa señora, de que yo lleve el color verde que adoptais?

—Caballero, dijo Margarita, vuestra paciencia es un signo de vuestra sinceridad, yo no tengo ni qué mandar ni qué prohibir.

—Se rinde, dijo el cortesano, mia es.

Y con una audacia que motivaba su fé en el hechizo, la arrebató un lazo de cinta sujeto por una esmeralda, que guarnecía la manga derecha del vestido de la linda condesa.

Hizo esta un movimiento de protesta, pero lo comprimió al instante mismo, cual si alguna imperiosa potencia obrase sobre su voluntad.

—A fé mia, dijo el senescal cuando hubo visto el precioso latrocinio, que tengo mucho miedo con mis dos mil escudos.

—¡Oh! respondió Belloy, este tiene otro destino.

Y á la mañana siguiente desapareció el lazo.

En tanto en la guerra el conde Annibal volaba de victoria en victoria, era el héroe del ejército, felicitábanle todos á porfía.

—Caballero, le dijo un día un noble amigo; en tanto que aqui triunfais ¿no os engañan en la corte?

—¿Qué os hace decir eso?

—¡Mirad! ved aqui un juguete que reconocereis.

Y alargó al guerrero la cinta de su muger.

—Por la Santa Eucaristía, exclamó Annibal, ¿quién ha traído esto.

—Un page del rey, enviado con despachos.

—¿Y de quién lo tiene?

—De Mr. de Belloy, á quien se lo ha ganado en el juego; hemos creído reconocerle en la inicial grabada sobre la piedra que sujeta la cinta.

—¡Belloy! exclamó el noble combatiente, ¡ese fátuo elegante! ¡Oh! Voy á vengarme al instante, voy á escribir á Margarita todo el desprecio que me inspira.

Y buscando bajo su tienda el papel necesario, puso la mano sobre el libro de oraciones.

El recuerdo de su promesa se presentó en su pensamiento cual un baluarte contra toda cólera inflexible; su espíritu fino y generoso se detuvo á aquel llamamiento de la memoria en favor de la fé jurada.

—¡Veamos! pensó, lo que dicen los profetas.

Y abriendo el libro á la ventura y á la casualidad, leyó:

*No dudeis de los corazones de buena fé y de las almas sinceras, la fé debe ser incontrastable y fuera del alcance de las asechanzas de los inicuos.*

Annibal, despues de haber leído estas líneas, se detuvo, recordó el juramento hecho á su muger, su virtud, su adhesión, y se arrodilló para pedir á Dios calma y confianza.

—¿Qué sublime cosa es la oración! Este tesoro, sin cesar á nuestro alcance, esta audiencia personal que nos concede el Señor, sin hacernos aguardar en antecámaras, y despues de la que nos levantamos mas fuertes y mas felices, iluminados por la gracia.

—Señores, dijo Annibal á la mañana siguiente á sus compañeros de armas admirados, el primero de vosotros que quiera puede llevar esa cinta, yo no soy celoso.

En tanto continuaba Belloy sus maniobras, y Margarita resignada como una víctima, plegábase ante su voluntad. Hoy era una conversacion en un rincon de la sala de conciertos, mañana el brazo ofrecido y aceptado en los paseos de la reina, despues versos amorosos recibidos y conservados, flores llevadas en el pecho, miradas recíprocamente cambiadas en plena corte.

—¡Por la Virgen santa! decia la reina, Belloy, triunfais; pero nos parece que hablais menos fuerte del marido.

—¡Para qué! replicó el cortesano, espira el odio cuando el despique cesa; no se quiere mal á los desgraciados.



Llegó el desenlace; Belloy se presentó en el aposento de Margarita, y la dijo:

—Los guerreros de Francia han terminado su campaña; dentro de tres días estarán aquí, es preciso á toda costa que os arranque de manos de vuestro esposo; todo estará esta noche dispuesto, marcharemos á Inglaterra; haré allí anular vuestro matrimonio, y una nueva union os hará para siempre mia.

—Pero, monseñor, dijo Margarita.

—¿Vacilais? Yo pierdo á vuestro marido: los hugonotes conspiran, y pertenece á esta nacion llena de audacia y de heregias; una palabra mia y le envuelvo en los tortuosos hilos de una intriga, al cabo de la cual se hallan el tajo y el verdugo...

—Obedeceré, replicó Margarita sumisa.

—A las siete, dijo Belloy, vendré á recogeros.

—A las siete, respondió ésta sin dejar aparecer la menor emocion.

Hizo Belloy sus preparativos como hombre decidido á no perder el tiempo; los minutos eran contados, la carroza preparada aguardaba en la calle, criados fieles debían conducirle corriendo á escape; la corte entera no debía sospechar la fuga, sino cuando se hallaran muy lejos de su alcance los fugitivos.

Apenas el reloj del Louvre habia hecho resonar siete veces su argentino sonido, cuando entró Belloy en el aposento de Margarita.

—Daos prisa, dijo.

—Un instante, replicó la condesa, antes de marchar, dejadme dirigiros algunas palabras.

—Sed breve, porque el tiempo urge: ¿pero qué cortina es esa abultada que hay en el fondo de vuestro aposento?

—Es mi equipage para el camino, ¿no debia ocultarlo á los ojos de todos?

—Teneis razon: hablad pronto.

—¿Cómo habeis concebido por mí vuestro amor?

—Seré franco: por una apuesta.

—¿Habeis pensado en ganarla?

—No, desde luego, habeis sido cruel y altiva á punto de que iba á perder á vuestro esposo por vengarme, si no me hubiese inspirado de otro medio.

—¿Cuál?

—La hechiceria. Si me amais, es porque el maestro Coppellius os ha dado un maleficio.

—¿Y desde ese tiempo, me he abandonado á vuestras exigencias!

—Exigencias prudentes hasta hoy, mi bella amiga, algunas preferencias de sociedad, la mano en el paseo, el ramo en el baile, y algunas palabras y sonrisas.

—¿Y mi lazo de cinta?

—¡Oh! esta ha sido una conquista de guerra, que os he robado.

—Pues bien, ved lo que me hace vacilar en seguiros: ¿qué habeis hecho de él?

—No sé, dijo Belloy, asombrado de la pregunta, se ha perdido, lo encontraremos en mi equipage.

—Está tal vez en el mio, caballero, dijo Margarita, levantad esa cortina y mirad.

Al pronunciar estas palabras, era sublime la calma y magestad de la condesa.

Subyugado, fuera de sí, fascinado á su vez por un poder de que no podia darse cuenta, Belloy levantó la cortina de oro y seda que le habia llamado la atencion al entrar en el aposento.

Retrocedió diez pasos al ver lo que encubria; no era el equipage, baules y maletas, objetos de viage, preliminares de una excursion fugitiva.

Era monseñor Annibal de Larimollo en persona, armado de pies á cabeza, cargado de su armadura de acero, teniendo las espuelas en las botas, y la espada en la mano derecha.

Con la izquierda alargó un objeto á Belloy lívido como la muerte...

Era la cinta verde esmeralda de Margarita.

—Ved aquí, señora, lo que reclamais, dijo á su muger, ahora dejadme matar al ladron.

—¡Perdon! dijo la condesa.

—No hay perdon para el que ha ofendido vuestra virtud.

—¡Misericordia! replicó ella: yo no corria riesgo alguno; el maestro Coppellius á quien en otro tiempo habiais hecho un favor, me habia advertido.

—¿No hay misericordia para el calumniador de vuestro carácter evangélico! Y Annibal se precipitó sobre su enemigo con el acero en la mano.

Con el movimiento brusco de su brazo cayó al suelo un objeto de entre su cota de maila.

Era el libro de oraciones de Margarita.

—¡Por este tesoro! dijo alzándolo del suelo su muger, ¡misericordia y olvido! Abrid sus páginas antes de vengaros: habeis jurado consultarlo, tengo vuestra palabra de caballero.

Annibal obedeció: tomó el libro con emocion, lo abrió sin buscar nada y leyó.

—Perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.

—Es verdad, dijo, yo tambien soy culpable. Yo he sospechado un instante de la mas pura de las mugeres, la que fingia una culpable condescendencia para alejar de mí los peligros que suscitaba el odio. Y volviéndose á Belloy:

—¡Marchad de aquí! dijo, ¡caballero desleal y traidor! Yo os perdono, á la demanda de esta casta esposa. Los ladrones que llevan á ahorcar obtienen su perdon si en su tránsito encuentran al rey, vos en el vuestro, caballero desleal, habeis encontrado á un ángel...

—Señor de Annibal, exclamó Belloy, sofocado de desquite, yo me vengaré, porque sois hugonote.

—Os engañais, y estoy al abrigo de vuestros rencores. Este libro de oraciones, á quien debo la vida primero, el reposo despues, no me ha sido inútil en mis noches de insomnio: á contar desde hoy adopto las santas doctrinas.

—¿Qué quereis decir? preguntó Margarita.

—Quiero decir, respondió el conde Annibal, que este libro es desde hoy tambien el mio: porque desde esta mañana soy buen católico.





UN BOSQUEJO DE LAS COSTUMBRES VENDEANAS.—Habitantes del Marès.—Pág. 18.